

# 3

## El lugar del desierto en la conversión del corazón

---

*En el silencio y en la quietud el alma devota hace progresos y aprende los misterios escondidos en las Sagradas Escrituras.*

Tomás de Kempis

El desierto ha ocupado un lugar destacado en la espiritualidad cristiana en toda la historia. Se transformó en un símbolo del lugar de las luchas y del encuentro del ser humano con Dios. Un lugar de la desnudez del alma, del abandono de las ilusiones, de la falencia de los conceptos y las teologías que insisten en apri-sionar a Dios y determinar sus acciones. El desierto es esencial para la espiritualidad, no como un hecho en sí, es decir, como un accidente geográfico, sino como un estado del corazón ante Dios y ante nosotros mismos. Analizar el lugar e importancia del desierto en la experiencia humana y cristiana es, sin duda, un desafío más para la iglesia de comienzos del siglo 21.

El mundo moderno se caracteriza por la superficialidad en las relaciones, incluida la relación espiritual. Richard Foster inicia su libro *Alabanza a la disciplina* con la siguiente afirmación:

La superficialidad es la maldición de nuestra era. La doctrina de la satisfacción inmediata es el principal problema espiri-tual. Lo que hoy se necesita desesperadamente no es un número mayor de personas inteligentes, ni de personas de talento, sino de personas de vida espiritual profunda.<sup>1</sup>

En este sentido, considero el desierto como un espacio que permite dar profundidad a las relaciones espirituales, las cuales, por su naturaleza, no sobreviven a la superficialidad del mundo moderno.

Sólo como ejemplo, me gustaría citar algunas características de la espiritualidad moderna. Primero, se caracteriza por el prag-matismo. Todo necesita tener un sentido práctico y productivo. La relevancia de cualquier cosa se determina por su utilidad inmediata. Esto, obviamente, nos lleva a relaciones superficiales y utilitarias. Segundo, se distingue por la necesidad de llenar todo espacio vacío. No se puede dejar lagunas en la agenda, en el diálogo o en la convivencia. El silencio y la quietud son, paradó-jicamente, realidades inquietantes. Creo que fue Rubem Alves quien dijo que los verdaderos amigos son aquellos que, aun en el silencio, sienten placer cuando están juntos. Tercero, se carac-teriza por el consumismo, que determina el sentido, el valor y la realización del ser humano. Todos estos rasgos hacen del desierto una realidad espiritual absolutamente necesaria para enfrentar una espiritualidad que se torna cada vez más utilitaria, consumista, superficial y pragmática.

---

<sup>1</sup> Richard Foster, *Alabanza a la disciplina*, Betania, Mineápolis, 1986, p. 15.

Recientemente recibí un libro pequeño, cuyo título me llamó la atención: *Café con Dios: Guía devocional para personas que no disponen de mucho tiempo*. En la contratapa se encuentra la siguiente afirmación: «En fin, un verdadero “fast food” devocional, de lectura rápida, pero no por eso desprovisto de contenido. Para personas que no disponen de tiempo, pero que desean adquirir el hábito saludable de la comunión diaria con Dios —en la meditación en su Palabra y en la práctica de la oración.»<sup>2</sup> En verdad, se trata de una tentativa del autor de producir algo que, con humor y de manera práctica, lleve al lector que no dispone de mucho tiempo a reflexionar sobre principios bíblicos útiles para su diario vivir. Hasta aquí, todo va bien. Lo que me llamó la atención fue la propuesta presentada por el autor: «Fast food devocional». ¿Es posible que alguien que ama a Dios no disponga de tiempo para Dios? ¿Es posible construir una amistad profunda, íntima y personal con Dios, sin disponer de tiempo para este encuentro? En cierta manera, el autor intenta adecuarse a los tiempos modernos, ajustando la vida devocional a las ocupaciones que todos tenemos. ¿Pero será esto lo que necesitamos? ¿No será la propuesta exactamente contraria la que tiene que presentarse al ser humano moderno? En efecto, el redescubrimiento del desierto apunta hacia un camino completamente opuesto. El «fast food» no satisface el apetito del alma que experimenta el deseo de Dios. La meditación y la contemplación propias del desierto exigen tiempo y silencio. En el desierto encontramos un banquete, una mesa llena, donde la comunión y la amistad suceden mientras el alma es alimentada por la gracia y el amor de Dios.

---

<sup>2</sup> Rubinho, *Café com Deus. Guia devocional para pessoas que nao dispoem de muito tempo*, Vida, San Pablo, 1994.

Redescubrir el desierto es redescubrir un camino de crecimiento espiritual. Es conocer a Dios, no en las experiencias religiosas o en informaciones teológicas sino en la intimidad de nuestro corazón. El desierto es siempre el lugar de la tranquilidad, del silencio y de la búsqueda. No hay en él nada que nos distraiga, que nos desvíe la atención, que apunte hacia otro lugar. En él estamos solos. Sólo nosotros y nuestro Señor. Es allí donde todo lo que nos ilusiona o nos engaña se desenmascara y nos coloca cara a cara con Dios.

## **El desierto en la tradición cristiana**

Una de las grandes lagunas en la espiritualidad protestante se debe a nuestro análisis histórico. Frecuentemente damos un salto del siglo 1 de la era cristiana al siglo 16, desde el cristianismo primitivo de los apóstoles hasta la Reforma protestante, sin considerar la gran contribución de diversos movimientos que tuvieron su lugar entre los siglos 3 y 15. Lo que hoy denominamos «espiritualidad del desierto» encuentra en este período su mayor expresión. A partir del siglo 4, muchos hermanos y hermanas emigraron a los desiertos y lugares solitarios de Palestina, Siria, Egipto, llevando consigo solamente el deseo sincero y ardiente de rescatar la espiritualidad que habían perdido en el proceso de secularización de la religión. Algunos se organizaron en forma de comunidades, otros optaron por ser ermitaños, pero todos iban en dirección de un encuentro verdadero con Dios.

En verdad, muchos de estos movimientos no nacieron de una revolución hermenéutica, como sucedió con la Reforma del siglo 16 o, más recientemente, con la teología de la liberación, sino de un deseo sincero y profundo de conocer a Dios y

obedecer sus mandamientos. Fueron movimientos que nacieron de la sed del alma por tener una relación más personal e íntima con Dios. Su mayor preocupación fue la oración y la comunión con Dios. De allí su importancia para la espiritualidad cristiana.

El monasticismo, conocido también como «Padres del desierto», fue el movimiento que mejor caracterizó este período. Sin lugar a dudas, sus precursores trajeron una de las más grandes contribuciones a la espiritualidad cristiana. Nuestro análisis de este movimiento no estará determinado sólo por su historia, ni por los desvíos de naturaleza doctrinal que sucedieron, sino por el legado espiritual que nos dejó.

## **El monasticismo**

A partir del año 311 d.C. —época en que la paz conquistada por el emperador Constantino estaba siendo implantada, y los cristianos buscaban ajustarse a los cambios sociales y religiosos del imperio—, surgió un movimiento religioso que buscó manifestar de diversas formas su repudio a los nuevos valores. Este rechazo no sólo se refería a los valores mundanos de la sociedad pagana sino también a la introducción de estos valores seculares y mundanos dentro de la propia iglesia. Por tanto, era un movimiento contracultural, tanto dentro como fuera de la iglesia.

Este movimiento, conocido como «monasticismo», se inició a comienzos del siglo 4 y se caracterizó por su radicalismo, tanto en su lectura y obediencia de la enseñanza bíblica como en su renuncia a las instituciones religiosas y seculares. En el año 356, Atanasio, obispo de Alejandría, escribió *La vida de San Antonio*, una biografía de quien hoy es conocido como el padre del monasticismo. En este libro se describe a Antonio como un joven, hijo de un próspero hacendado, que cierto día entró en

una iglesia y oyó la lectura de un texto del Evangelio de Mateo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes» (Mt 19:21). Estas palabras tocaron profundamente el corazón de Antonio, y su vida sufrió una transformación radical. Vendió literalmente todo lo que tenía, lo repartió entre los pobres y, en su nuevo estado de pobreza y necesidad, comenzó a seguir a Cristo. Su búsqueda de santidad y perfección lo condujo hasta el desierto, donde, en absoluta soledad, imitó lo que Jesús hizo: permaneció durante cuarenta días en ayuno y oración, buscando siempre poner en primer lugar «el Reino de Dios y su justicia», seguro de que todo lo demás le sería añadido.

Atanasio reconoce que el monasticismo comenzó con la conversión de Antonio y su subsiguiente búsqueda de una perfecta comunión con Dios en el desierto. Después de un tiempo, otros, inspirados por su ejemplo y modelo de vida, también partieron hacia el desierto y lo persuadieron para que fuese su «guía espiritual». A partir de esto, su búsqueda solitaria se transformó en una búsqueda comunitaria que dio origen a uno de los más significativos movimientos de oración, ascetismo y coraje evangélico de que se tiene noticia.

Aunque la exactitud histórica de Atanasio sea controvertida, su contribución espiritual no lo es. El movimiento monástico trajo una gran contribución a la espiritualidad cristiana. Cuando se retiró a la soledad del desierto, buscó en ese gesto una ruptura con el proceso de «mundanización» de la iglesia y un acercamiento literal con lo que consideraba ser la propuesta de los Evangelios y el modelo de la iglesia primitiva. Para este movimiento, «el ideal cristiano no es el héroe que va al campo de batalla, ni aun el compromiso con los negocios del estado, sino la santidad caracterizada por la sencillez, la autonegación y un profundo amor por la fe, por Dios y por la iglesia».<sup>3</sup> Así, la

---

<sup>3</sup> Frank N. Magil y Ian P. McGreal, *Christian Spirituality. The Esencial*

lucha central del cristiano era el dominio propio, que San Antonio veía como una lucha contra los demonios que debía ejecutarse con disciplina, oración y lectura de la Biblia, ayunos, vigiliyas y vir-tudes tales como la humildad, la mansedumbre y el amor. La preocupación de estos monjes no era sólo huir del mundo sino imitar a Cristo en todos los sentidos. A semejanza de la expe-riencia de Jesús en el desierto de Judea, que fue crucial en la definición de su ministerio, los primeros monjes se sintieron compelidos por la realidad del mundo y por el poder de la Palabra de Dios a dejar el mundo e iniciar una búsqueda de Dios en las regiones desérticas de Egipto y Palestina.

## Los ideales del monasticismo

Reconozco que hablar a cristianos evangélicos de un movimiento como el monasticismo me produce la impresión de estar hablando de bandidos, más que de niños buenos. Algunos personajes de este movimiento son completamente desconocidos o catalogados de herejes. Confieso que mi primer contacto con personajes como San Antonio, Atanasio, Agustín, Benedicto, Bernardo, Juan de la Cruz o Teresa de Ávila me hizo dar un paso atrás. ¿Cuál podría ser la contribución de estos personajes, muchas veces tan controvertidos, a nuestra espiritualidad? Lamentablemente, no podremos analizar aquí las influencias y contribuciones de cada uno de ellos en particular, ni siquiera nos detendremos en las controversias doctrinales, pero sí buscaremos en la historia y en los movimientos el legado que nos dejaron en su búsqueda de santidad y pureza de vida.

Cualquier consideración sobre los orígenes de la espiritualidad cristiana, como forma sistemática de búsqueda del alma humana de Dios, debe comenzar por el análisis de los movimientos que tuvieron su inicio a fines del siglo 3. Desde los tiempos apostólicos se había vivido y practicado la existencia cristiana con fervor e intensidad, tanto por individuos como por comunidades. Sin embargo, cerca del final del siglo 3 y principio del 4, a través de los movimientos religiosos, la búsqueda de santidad, pureza y devoción trajo conceptos y modelos que influenciaron a la iglesia en toda la historia de su peregrinación espiritual.

En este período es cuando encontramos a los santos de la iglesia. Hasta el siglo 16, el teólogo y el santo eran una sola cosa. No había distinción entre ellos. El teólogo era un sabio, alguien cuya experiencia e intimidad con Dios le habían conferido un grado de integridad, devoción y santidad que lo llevaba a hablar de Dios con autoridad. Por tanto, los requisitos básicos para ser un teólogo eran ser converso, conocer a Dios y gozar de íntima comunión con él. Después del siglo 16, con el surgimiento del racionalismo, fruto de revoluciones culturales como el Renacimiento y la Ilustración, se desarrolló el concepto del teólogo como aquel que era capaz de explicar y articular la realidad de Dios. En este sentido, todo cristiano pasó a ser, potencialmente, un teólogo. Hoy, la teología se convirtió en una ciencia. Hasta una persona que no goza de relación personal alguna con Dios puede ser un teólogo. Ya no tenemos más a nuestros santos. Tenemos pastores, maestros, evangelistas, teólogos, misionólogos, doctores, pero no tenemos santos. No me refiero a los santos en el sentido bíblico de que todos nosotros fuimos santificados en Cristo Jesús, sino a «santos» como categoría de personas cuya intimidad, sabiduría y santidad nos inspiran y motivan a la oración, la meditación y la contemplación.

Al reflexionar sobre los Padres del desierto, buscamos rescatar algunos de los valores e ideales que hoy no tenemos y que hicieron de estos hombres y mujeres los santos que fueron. Actualmente, nuestros ideales cristianos son determinados por los mismos valores que definen los ideales de la sociedad secular. La búsqueda de la realización profesional, el uso del *marketing* en la propaganda religiosa y la definición del éxito a partir de investigaciones estadísticas nos han llevado a buscar un modelo de liderazgo que se parece más al de «Lair Ribeiro»<sup>4</sup> que al de «San Juan de la Cruz».<sup>5</sup> Hoy los santos fueron sustituidos por los ídolos religiosos y por las celebridades. Admiramos mucho a aquellos líderes exitosos con megaiglesias y presupuestos que causan la envidia de muchas empresas de medio porte. Sin embargo, aquellos que transitan el camino de la humildad y la renuncia, de la autonegación y la piedad, de la oración como camino de amistad con Dios y comprensión de su voluntad no inspiran los suspiros de las multitudes.

Los ideales del monasticismo describen en algo la naturaleza de esta búsqueda y la influencia que este movimiento tuvo a lo largo de toda la historia cristiana, incluso sobre algunos de los movimientos de renovación y avivamiento más respetados en la historia del protestantismo. Los ideales que vamos a analizar son el ascetismo, la imitación de Cristo, la protesta, la soledad y contemplación, el martirio, la obediencia y la sumisión.

## Ascetismo

---

<sup>4</sup> Lair Ribeiro es autor de varios libros de autoayuda de gran éxito en todo el Brasil. Sus libros apuntan el camino del éxito personal a través del uso de técnicas de reprogramación de la vida y sus potencialidades.

<sup>5</sup> Tito Colliander, *Camino de los ascetas*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1983, p. 31.

San Basilio, el Grande (540-604), dijo: «No podemos acercarnos al conocimiento de la verdad, con el corazón inquieto». Por eso debemos esforzarnos por evitar todo lo que agita nuestro corazón, todo lo que es causa de falta de atención, de sobreexcitación, todo lo que despierta las pasiones o nos hace ansiosos. En la medida de lo posible, debemos liberarnos de la bulla, de la agitación y de la inquietud que se produce por objetos sin importancia. Pues, cuando servimos al Señor, no debemos «inquietarnos y agitarnos por muchas cosas, sino recordar siempre que una sola es necesaria» (Lc 10:41, 42).<sup>6</sup>

El monasticismo, en su origen, fue el esfuerzo de cristianos honestos y dedicados, que vivían en una época de intensa inquietud y corrupción religiosa y moral. Dicho esfuerzo estaba orientado a recuperar los ideales perdidos del cristianismo primitivo de la manera más integral posible. Esos ideales fueron proseguidos con completa dedicación y rigurosa autodisciplina espiritual. La forma radical y literal con que se interpretaron ciertos textos bíblicos —como «anda, vende todo lo que tienes», o «si alguien no toma su cruz»— condujo a una exageración ascética, que fue reforzada por la fuerte influencia gnóstica que separaba lo espiritual de lo material. En términos concretos, esta pasión por la autodisciplina y el rigor ascético podría expresarse en la frase. «Si mi cuerpo mata, yo lo mataré».<sup>7</sup>

El ascetismo es una práctica espiritual que encuentra un amplio rechazo en el mundo occidental, principalmente en la

---

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Thomas M. Gannon y George W. Traub, *The Desert and The City. An Interpretation of The History of Christian Spirituality*, Loyola University Press, Chicago, 1969, p. 28.

sociedad moderna. Nuestra inmediatez, aliada a una permanente búsqueda del placer, elimina cualquier posibilidad de ejercicio ascético. Por otro lado, las exageraciones que acompañaron a los monjes de la antigüedad contribuyeron a un rechazo todavía mayor de esta práctica espiritual. Sin embargo, imagino que algo podría aprovecharse de esta herencia monástica en la espiritualidad contemporánea.

Reconocemos que el rigor ascético no tiene ningún poder contra la sensualidad del corazón humano (Col 2:23), la cual puede derrotarse sólo mediante el poder de la muerte y la resurrección de Cristo. Por otro lado, el apóstol Pablo usa la figura del atleta para mostrar la importancia del dominio sobre el cuerpo, con la finalidad de alcanzar un premio incorruptible. Así como un atleta busca dominarse en todo para alcanzar sus objetivos olímpicos, el cristiano debería dominarse para alcanzar sus objetivos espirituales. Dice el apóstol: «Golpeo mi cuerpo y lo domino, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede descalificado» (1Co 9:27). ¿No sería esta afirmación del apóstol Pablo una propuesta ascética? ¿No significa «golpear» y «dominar» el cuerpo una actitud ascética?

La realidad que llevó a los monjes a buscar el desierto y la vida ascética es, en cierta forma, la misma en la que nosotros estamos insertos. Ya consideramos las exageraciones de la experiencia monástica. Ahora debemos considerar, a partir de nuestra propia realidad, el lugar del ascetismo en la espiritualidad contemporánea. Nuestra dificultad para separar un tiempo para la meditación y la oración, las alternativas de entretenimiento de que disponemos, la acumulación de compromisos que tenemos en la agenda exigen de nosotros una postura, una opción. Si no contamos con más tiempo para meditar en las Escrituras y mucho menos para orar, cuánto

menos para dedicarnos al silencio y a la contemplación (hablaremos de esto después). No disponemos de tiempo para cuidar nuestra vida interior, ni siquiera para construir amistades más íntimas y personales. «Estamos demasiado ocupados como para ser buenas esposas, buenos padres para nuestros hijos y buenos amigos para nuestros amigos, y no tenemos nada de tiempo para ser amigos de aquellos que no tienen amigos.»<sup>8</sup> Poco a poco vamos siendo absorbidos por una rutina fatigante de reuniones, compromisos o quehaceres, y rápidamente notamos que nuestra vida se está evaporando, dándonos poco de la paz, gozo y serenidad que encontramos en los Evangelios.

El «*fast-food*» espiritual se presenta como la única alternativa ante la imposibilidad de encontrar otros caminos para nuestro crecimiento espiritual. Todos estamos con la agenda llena. A decir verdad, estar con la agenda llena y no tener tiempo para nada se ha hecho parte del *status* para el ser humano moderno. Nadie le daría el valor apropiado a un médico cuya sala de espera estuviese completamente vacía, mientras él permanece sentado cómodamente en su consultorio, leyendo una revista o un periódico. Para nosotros, un buen profesional es aquel que tiene la agenda llena para los próximos meses y su sala de espera siempre repleta de personas disputando una vacante. En el mundo religioso no es diferente. Los pastores nos sentimos más valorados si tenemos una apretada agenda de compromisos. Es muy común que las personas se acerquen a nosotros diciendo: «Sé que usted tiene

---

<sup>8</sup> Thomas A. Kelly, *Testament of Devotion*, Harper & Brothers, Nueva York, 1941. (Extraído del texto «Simplificação da Vida», traducido por Paul Freston)

una vida muy atareada y que no tiene tiempo, pero sería posible...». La verdad es que no tenemos tiempo y no nos gusta mirar nuestra agenda y encontrar huecos. Una agenda llena nos da la sensación de importancia y de valor.

El pecado actúa en nosotros como un vicio. Lo tratamos como «hechos aislados» que suceden y se resuelven una vez con-fesados. Sin embargo, el pecado actúa en nosotros como poder destructor presente en el vicio que nos aprisiona y nos consume. Nuestro estilo de vida es parte de un vicio que ya se incorporó a nuestra vida diaria. Para constatarlo, basta retirar la televisión de la casa de muchos cristianos modernos. Inmediatamente se nota-rá un enorme vacío en la casa y en las relaciones familiares. O basta salir de vacaciones y pasar un mes en un lugar solitario, sin multitudes ni televisión ni otros entretenimientos artificiales que hemos creado. La sensación de vacío, soledad y abandono es enorme. Antiguamente, cuando un cristiano se encontraba triste y deprimido, buscaba una iglesia. En el silencio del santuario, en la contemplación del Cristo crucificado, buscaba el alivio para sus dolores y heridas. Hoy, cuando ese mismo cristiano está triste o deprimido, corre hasta el *shopping* más cercano y, si tiene dinero, compra algo para aliviar su estrés o depresión. Si no tiene dinero, se contenta con mirar los productos. No obstante, nues-tros vicios no sólo se instalan en nuestro estilo de vida agitado y consumista sino también en nuestro carácter, que absorbe valores y culturas que niegan la vida y la libertad de los Evangelios.

Quien haya trabajado en la recuperación de adictos, o haya tenido la oportunidad de acompañar a alguien en su recuperación, conoce el proceso que involucra la liberación del vicio. El reconocimiento del vicio y el deseo de liberarse de él es el primer paso, pero no es suficiente. Es necesario un proceso de

desintoxicación y reeducación para que el adicto sea reintegrado a una nueva vida. Algunas clínicas especializadas recomiendan hasta nueve meses de tratamiento intensivo para que este proceso tenga un resultado positivo. Nuestro problema es que no reconocemos la misma gravedad en relación con otros vicios que igualmente nos dominan y esclavizan, como la maledicencia, la gula, la inmoralidad, la idolatría, la ociosidad, etcétera. Muchos cristianos desarrollan una verdadera dependencia hacia otras formas de vicio no reconocidas como tales, al punto de no percibir cuánto afecta esa dependencia su espiritualidad.

La propuesta monástica del ascetismo significa buscar la liberación de los vicios que el pecado crea en nosotros y rescatar los ideales cristianos que Jesús presenta en los Evangelios, a fin de que experimentemos la libertad conquistada por Cristo. Para conquistar sus objetivos, el atleta se somete a una dieta rigurosa, tanto alimenticia como social. Esa dieta no representa una privación ni siquiera una limitación de su libertad. Por el contrario, constituye su pasaporte para ser aquello para lo cual siente vocación.

Para evitar que el ascetismo se torne un fin en sí mismo, el mismo requiere ser considerado como una postura del cristiano ante la vida y la realidad del mundo y del pecado. No constituye un fin en sí mismo, sino un medio, una disciplina espiritual que contribuye a que seamos aquello que Dios quería cuando nos creó. Vale afirmar, una vez más, que el único medio de transformación de la vida y del carácter cristiano es la gracia de Jesucristo. Las disciplinas espirituales son sólo el medio que nos prepara para absorber adecuadamente todo lo que la gracia de Dios reserva para nosotros.

Un movimiento que incorporó mucho del rigor ascético del período monástico fue el puritano. Los puritanos supieron conciliar la supremacía de la gracia del Dios que nos salva y nos santifica con disciplinas espirituales extremadamente rigurosas, porque conocían bien la naturaleza pecaminosa y rebelde contra Dios. Una familia puritana tenía un promedio de tres cultos diarios en el hogar. A primeras horas de la mañana, antes de salir para el trabajo y los quehaceres domésticos, todos se reunían para la lectura de la Biblia y la oración. Luego, después del almuerzo, se reunían nuevamente para la lectura bíblica y la oración. Y en la noche, además de la lectura bíblica y la oración, reservaban momentos para cantar juntos los cánticos de adoración y alabanza. Participaban regularmente en los cultos públicos, generalmente los domingos, uno por la mañana y otro por la noche, con una duración promedio de dos horas cada uno. Ponían énfasis en la lectura y exposición bíblica. Guardaban con respeto y reverencia el «día del Señor», y cumplían con las obligaciones religiosas y civiles, buscando siempre «adornar» la persona de Cristo con sus obras. Los puritanos eran extremadamente disciplinados y coherentes con su fe. El rigor disciplinario que imponían sobre sí terminó transformándose, en las generaciones futuras, en una fuerte demanda legalista. No obstante, en sus inicios se trataba sólo de un medio para llegar a un fin: la santificación y la gloria de Dios.

Hoy vemos exactamente lo opuesto de todo esto en la práctica espiritual de la iglesia. Muchos argumentan que les falta tiempo para la práctica devocional. En parte, es un hecho, pero tampoco tengo dudas de que vivimos en un momento de inconsistencia respecto a las exigencias de nuestra fe en Cristo. Cuando los cristianos del desierto, y aun los puritanos del siglo

16, tenían algún vicio del carácter que reconocían ser contrario al camino de la santidad propuesto en las Escrituras, luchaban con celo, humildad y temor delante de Dios hasta experimentar la transformación operada por su gracia. Hoy en día la práctica es un poco diferente. Si encontramos algún vicio del carácter que ofende la santidad y justicia divinas, rápidamente buscamos a un especialista en identificación de demonios y, en un acto de exorcismo, amarramos ese mal y nos libramos de sus ataduras. Tanto para los Padres del desierto como para los puritanos, la lucha contra el pecado era siempre una lucha contra nosotros mismos, contra el pecado que habita en nosotros, contra nuestra vieja humanidad. La lucha no era fuera de nosotros. Reconocían que el agente del pecado y del mal era siempre el diablo, pero la lucha era contra la propia carne. Esto implicaba, la mayoría de veces, un cierto ascetismo y una renuncia a las pasiones, para alcanzar el verdadero placer en Dios.

Cualquier práctica ascética necesita tener en mente que el propósito de la vida cristiana y de la espiritualidad bíblica es nuestra transformación en Cristo. Así, «todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo» (Ef 4:13). Este es el objetivo de la vida espiritual. La madurez no viene por el conocimiento intelectual ni por las experiencias religiosas, sino por la transformación en Cristo. La búsqueda de esta transformación es el objeto del ascetismo.

El rescate de las prácticas ascéticas equilibradas, que preservan el carácter central y la eficacia de la cruz y de la gracia de Jesucristo, haría, sin duda, una gran contribución a la espiritualidad moderna. La búsqueda casi obsesiva de la experiencia o del simple conocimiento ha llevado a muchos a perder de vista la naturaleza central de su vocación, que es ser

«santos» y vivir como «hijos del Padre celestial». Y para andar de un modo digno de nuestra vocación es necesario una vez más «golpear nuestro cuerpo y dominarlo» para no ser descalificados y condenados como los del mundo. La santidad y la ética cristianas exigen de nosotros una postura ascética en relación con el mundo.

### Imitación de Cristo

El deseo de servir a Dios en completa sumisión a su voluntad era tan intenso que los monjes del desierto no ahorraron ningún tipo de esfuerzo, físico o psicológico, para alcanzar este objetivo. Su compromiso con la vida monástica estaba más inclinado a una «imitación de Cristo» que al rechazo del mundo. No estaban tan preocupados con el mundo y sus desviaciones, sino con Cristo y su Palabra.

La «imitación de Cristo» representa uno de los principios más radicales del estilo de vida de la tradición monástica. El ascetismo y todas las demás prácticas espirituales no tenían otra finalidad que la de conducirlos a un estado de perfección que se encontraba únicamente en Cristo. En verdad, buscaban una vida cristiana que fuese simplemente lo que debía ser, sin las complicaciones, distracciones y compromisos impuestos por la realidad eclesiástica y social característica del siglo 4.

El ejemplo de Cristo debía seguirse en todas las cosas. Había una gran preocupación por la influencia de la enseñanza secular, fundado en las vanidades humanas. Imitar a Cristo era la manera más saludable de romper con las demandas mundanas y de buscar una mente y un corazón más puros y aptos para recibir la Palabra de Dios. Tomas de Kempis, quien vivió entre los siglos 14 y 15, escribió lo que tal vez es una de las obras espirituales más conocidas y leídas: *La imitación de Cristo*. En esta obra él afirma que Dios, en el día del juicio

final, no investigará acerca de lo que leímos sino de cómo vivimos nuestra vida:

Por eso camina siempre preparado y vive de tal modo que no te encuentre la muerte desprevenido. Muchos mueren repentina e inesperadamente; «porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá» (Lc 12:40). Cuando venga la última hora, comenzarás a juzgar de manera diferente toda tu vida pasada y sentirás el dolor de haber vivido tan negligentemente y sin compromiso.<sup>9</sup>

Para Tomás de Kempis, nuestra vida tomaría otro rumbo si consideráramos siempre cuán distantes estamos de nuestro verdadero hogar, presos en nuestro exilio, y cuán grande es el peli-gro de nuestra alma, constantemente expuesta en este mundo.

La invitación de Jesús al discipulado fue siempre una invitación a seguirlo, a andar con él. Lo que sus discípulos hacían era, simplemente, vivir la vida al lado del Maestro. Iban con él a todos los lugares, buscaban imitarlo en los gestos sencillos y procura-ban obedecerlo en sus orientaciones y enseñanzas. No había muchas elaboraciones sistemáticas de la fe y de su significado, sino una vivencia radical de las implicaciones de los compro-misos y valores de la fe asumidos por el propio Señor. Esta vivencia radical es la que llevaría a los discípulos a un rescate de la imagen de Dios, el objetivo de todo discípulo:

---

<sup>9</sup> Tomás de Kempis, *Imitação de Cristo*, Circulo do Livro, San Pablo, p. 45.

La imagen de Dios debe ser restaurada en el hombre de forma plena. El fin pretendido nos es que el hombre vuelva a tener ideas correctas sobre Dios, ni que vuelva a situar sus actos aislados bajo la Palabra de Dios, sino que, totalmente, en cuanto criatura viva, sea imagen de Dios. El cuerpo, el alma y el espíritu, la persona entera del hombre debe llevar la imagen de Dios en la tierra. El beneplácito de Dios sólo descansa en su imagen perfecta.<sup>10</sup>

Esta vivencia radical y comprometedora estaba amenazada. La fe perdía su seriedad a medida que el cristianismo se popularizaba y comenzaba a asumir el lugar de religión oficial, con todas los beneficios que esto representaba. Seguir a Cristo dejó de ser un proyecto radical de vida y servicio, para convertirse en un nuevo símbolo de posición social.

La «imitación de Cristo» fue una tentativa de redescubrir el carácter radical del discipulado cristiano. La contribución del monasticismo a nuestros días es que nos lleva a preguntarnos, una vez más, acerca de cuál es el lugar y el significado del discipulado cristiano hoy. ¿Cómo podemos y debemos vivir la vida cristiana? O, utilizando el mismo lenguaje de los Padres del desierto, ¿cómo podemos imitar a Cristo en el mundo moderno, cuando el cristianismo se torna cada vez más popular, atrae adeptos de todas partes y crea un *modus vivendi* que, bajo varios aspectos, niega la fe evangélica?

El sociólogo Paul Freston escribió un libro titulado *Fe Crista e Crise Brasileira* (Fe cristiana y crisis brasileña), en uno de cuyos capítulos habla sobre el tema de la posesión de bienes y la suma importancia del discipulado bíblico. A través de su lectura podemos tener una rápida noción de lo que implica para

---

<sup>10</sup> Dietrich Bonhoeffer, *El precio de la gracia*, Sígueme, 1986, p. 211.

el cristiano seguir a Cristo hoy. Mientras que en la actualidad vemos que el espíritu del capitalismo neoliberal determina que la prosperidad material es el único camino de verificación de la presencia y bendición de Dios, Freston nos presenta la opción de la sencillez como un camino de libertad para la vida y la proclamación profética. Lo que los Padres del desierto proponían al hablar de «imitar a Cristo» era simplemente el rescate de la naturaleza radical del discipulado cristiano. Tal vez hoy el desafío monástico deba ser abordado no sólo como el recuerdo de un pasado lleno de controversias sino como una opción que se renueva en la perspectiva de rescatar los ideales del cristianismo primitivo, que cada día se corrompen por una espiritualidad secularizada y manipuladora.

### Protesta

A excepción de otros grupos, el monasticismo nació en ruptura con la iglesia. Tenía un ideal, un estilo de vida y una propuesta institucional que buscaba establecer su propia identidad, independiente o aun superior a la de la iglesia institucional. «El cambio hacia el desierto representó tanto una protesta como una afirmación. Fue una protesta contra una estructura eclesiástica excesivamente institucionalizada y decadente, y una reafirmación de la enseñanza del evangelio para afrontar los cambios de su tiempo.»<sup>11</sup>

El proceso de conciliación en el que se instaló la iglesia después de la conversión de Constantino al cristianismo (siglo 4), especialmente después de la alianza firmada entre la iglesia y el Estado, llevó a los cristianos preocupados con los ideales primitivos a buscar nuevas formas de espiritualidad y vida comunitaria, en las que los ideales de la religión, como, por

---

<sup>11</sup> Gannon y Traub, *op. cit.*, p. 31.

ejemplo, la renuncia, encontraran nuevamente su lugar y significado. Así, el monasticismo fue un movimiento de contracultura, tanto dentro como fuera de la propia iglesia:

Los santos predicaban la necesidad del camino y la puerta estrechos. Pero el camino ancho con el cual ellos comparaban al camino estrecho no era solamente el camino del mundo sino el camino del mundo dentro de la iglesia; de los obispos que buscaban la riqueza; de las personas que, aun denominándose cristianas, eran en verdad paganas en el corazón; de los hombres que, inmediatamente después de que eran ordenados sacerdotes, aumentaban el tamaño de sus vestiduras, cabalgaban sobre caballos vistosos de respiración ahogante y habitaban en casas con muchos cuartos, con puertas esculpidas y roperos pintados. El monje temía a la serpiente en el pasto verde, porque con el enemigo declarado y confeso él podría encontrarse y luchar.<sup>12</sup>

Aquí podemos entender la razón del radicalismo del movimiento monástico y su importancia para la iglesia a comienzos del siglo 21. Hoy existen muchas serpientes que se mezclan en el pasto verde y envenenan la fe y el corazón de muchos cristianos ingenuos y desinformados. Lo que nos preocupa no es aquello que vemos, los enemigos que ya conocemos, sino aquellos que no conocemos, que se mezclan con nosotros y hacen su identificación extremadamente difícil. Es contra este enemigo que debemos protestar y reaccionar, un enemigo que se encuentra dentro y no fuera, y que se mezcla con nosotros al punto de tornarse uno de nosotros.

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 22-23 (Se cita de Herbert Workman, *Monasticism, It's Ideals and History*, Williams and Norgate, Londres, 1901, p. 28).

Los movimientos espirituales a lo largo de la historia de la iglesia se caracterizan siempre por un espíritu reformador y profético. Cada uno respondió a una realidad específica de su tiempo. En la Biblia encontramos, entre otros, movimientos reno-vadores como el de Josías (2R 22–23), quien, al redescubrir el libro de la ley, que estaba literalmente perdido, llevó al pueblo a la renovación de la alianza con Dios y a un proceso purificador y transformador de la realidad espiritual y social, que se encon-traba corrompida. Podríamos citar también las reformas en tiempos de Nehemías y otras. La Reforma protestante del siglo 16 también tuvo un poco de éste espíritu reformador y profético, en un contexto de corrupción religiosa que exigió el coraje, la fe y la determinación de hombres como Lutero, Calvino y Zwinglio, entre otros. El movimiento monástico también puede ser en-cuadrado entre los movimientos de reforma y renovación de la iglesia:

El éxodo hacia el desierto de un importante número de creyentes fue, ante todo, un movimiento del Espíritu, y sería un error juzgarlo meramente como una reacción a un estado de decadencia social e eclesial o como una corriente de pre-servación ante inminentes desastres políticos y económicos. [Fue, más bien] un factor de respuesta a una crisis en la cristiandad... La vivencia de la fe perdía su seriedad con el aumento, ya en masa, de conversiones, con la disminución de la persecución y de los martirios, y con el prestigio temporal del cristianismo. La memoria de Cristo crucificado y su seguimiento radical estaban en peligro.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Segundo Galilea, *A sabedoria do deserto. Atualidade dos padres do deserto na espiritualidade contemporânea*, Ediciones Paulinas, San Pablo, 1986, p. 22. (Original castellano: *El alba de nuestra espiritualidad: vigencia de los Padres del desierto en la espiritualidad contemporánea*, Ediciones

No queda duda de que vivimos, también hoy, momentos de mucha confusión y crisis institucional. Existen muchos que se levantan a hablar en nombre de los evangélicos, proponiendo alianzas políticas y económicas con grupos o personas cuya ética pone sus intenciones bajo sospecha. La gran protesta que necesitamos manifestar hoy es la protesta a favor de una ética cristiana y de una espiritualidad centrada en la Biblia e inspirada en la historia. Están sucediendo cosas en nombre del evangelio que no tienen nada que ver con la enseñanza de Jesús. Si queremos preservar los ideales del cristianismo primitivo, será necesario elaborar y manifestar nuestra protesta por muchas cosas que están merodeando por ahí. En la ponencia que presentó en el Primer Congreso Nacional de la Asociación Evangélica Brasileña (AEVB), Paul Freston afirmó lo siguiente:

Cuando una iglesia crece, se transforma, se hace más parecida a la sociedad. Por un lado, la iglesia evangélica se hizo, como en la Edad Media, triunfalista, supersticiosa y mercantilista. Esto nos hace recordar dos reacciones diferentes, pero igualmente válidas, que pueden orientar nuestra acción hoy. Primero, en el siglo 4 surgió el movimiento monástico para guardar la pureza de la fe. Estamos en una situación parecida: cada vez menos podemos guiarnos (y dejar que los nuevos conversos o nuestros propios hijos se orienten) por la interposición de la comunidad evangélica. Necesitamos ser contraculturales en la iglesia, no solamente en la sociedad. Por eso necesitamos de equivalentes evangélicos del monasticismo que preserven la fe contracultural, que valoren lo pequeño y busquen una vida cristiana más seria y abnegada. En segundo lugar, en el siglo 16 surgió la Reforma protestante, la tentativa de cambiar la cara de toda la iglesia, o de la mayor parte posible. Necesitamos trabajar en los dos niveles, en el micro y en el macro.<sup>14</sup>

La protesta, como ya vimos, caracterizó a todos los movimientos reformadores de la historia del cristianismo. De ella nacen todas las reformas. La protesta precede a todos los cambios. Necesitamos de los instrumentos teológicos y sociales que nos ayuden a mirar y a entender a la iglesia de hoy. Necesitamos rescatar a los profetas de la modernidad. La protesta no es la obra de mi inconformismo personal, sino de la pérdida del carácter del evangelio. Históricamente, ella siempre existió en momentos de gran crecimiento de la iglesia y de la consecuente popularización del mensaje cristiano. La protesta siempre apunta a un retorno a los orígenes, no en la forma,

---

<sup>14</sup> Paul Freston, en *Ultimato*, no. 230 (setiembre 1994).

sino en el contenido. Es un movimiento espiritual y no necesariamente político. Es un proceso que involucra el lavar el rostro de Dios, deshonrado por nuestro pecado y ambición.

### Soledad y contemplación

Normalmente, cuando se habla de soledad y contemplación, nos viene de inmediato a la mente la figura de los viejos ermitaños, sumergidos en una soledad total, alienados del mundo y de sus problemas, o la de los monjes clausurados en viejos monasterios, debatiendo sobre el viejo tema de cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler. En verdad, se trata de una práctica espiritual que fue totalmente ignorada por el cristianismo occidental y que trajo una gran contribución a la espiritualidad en la Edad Media. El mundo moderno desarrolló una espiritualidad más inclinada al trabajo que al silencio y la contemplación. Aquí destacaremos el valor de esas disciplinas espirituales en el proceso de crecimiento y transformación de la vida cristiana.

Es interesante notar que los grandes descubrimientos científicos no sucedieron dentro de los laboratorios, por medio de científicos rodeados de libros, fórmulas o productos químicos, sino a través de personas que, por el silencio y la contemplación, consiguieron captar fenómenos que, aunque estaban presentes en el mundo, no eran percibidos por quienes tenían su mente ocupada en otras cosas. Se cuenta que Isaac Newton, matemático inglés del siglo 17, se encontraba sentado en el jardín cuando vio que una manzana cayó de un árbol. Esto le llevó a preguntarse: «¿Por qué esta manzana cayó y no flotó o se elevó en el aire?» Meditando sobre el asunto, estudió hasta llegar a la conclusión de que todos los cuerpos son atraídos hacia el centro de la tierra. Después dio un paso más y descubrió que los planetas también son atraídos hacia el sol

y, por fin, llegó a formular la ley de la gravitación universal, que explica el movimiento de todos los cuerpos celestes. Las conclusiones de Newton demoraron aproximadamente siete años. Fueron siete años de observación, imaginación y contemplación. Como Isaac Newton, muchos otros científicos, que en verdad eran considerados sabios, usaron la imaginación y la paciencia contemplativa para llegar a conclusiones científicas que revolucionaron al mundo. Si para descubrir los fenómenos de la naturaleza, que son tan claros y evidentes para nosotros, es necesario cultivar paciencia y contemplación, ¿cuánto más exigirá de nosotros el penetrar en los misterios de Dios y de la vida?

Hablar sobre el silencio y la contemplación en nuestra sociedad moderna parece ser un asunto contrario al sentido común. Lo que define la espiritualidad de un cristiano moderno es su agenda repleta de compromisos que lo mantendrán ocupado todo el día con reuniones, trabajos de evangelización, prédicas, visitas, etcétera. Las iglesias no desean como líder a un pastor que pase algunas horas del día apartado en silencio y oración; casi siempre buscan alguien que sea «dinámico», lleno de nuevas ideas, siempre listo para movilizar a la iglesia hacia grandes emprendimientos, activo y que no desperdicie su tiempo en actividades no productivas. Nuestros cultos y nuestra vida religiosa necesitan ser llenados de manera que no queden espacios vacíos, pues, para el ser humano moderno, el silencio actúa como la presencia de una persona inoportuna que insiste en denunciar nuestros fracasos. No hay nada que intimide más, en un culto o en una reunión de oración, que los espacios vacíos entre una oración y otra. Si estos espacios no son llenados rápidamente por oraciones o cánticos, ellos lo son por los gritos de aleluya. Según Richard J. Foster,

en la sociedad contemporánea nuestro adversario se especializa en tres cosas: ruido, premura y multitudes. Si él puede mantenernos empeñados en la *cantidad* y en la *muchedumbre*, descansará satisfecho.<sup>15</sup>

La televisión, la radio y el pasacasete se transformaron en los amigos de las personas solitarias. Necesitamos de algún ruido, del movimiento, de grandes proyectos para sentirnos «vivos».

---

<sup>15</sup> Foster, *op. cit.*, p. 27.

El silencio, para los padres del desierto, no significa sólo el no hablar, sino también una postura delante de Dios y de nosotros mismos. Es un silencio que nos habilita a escuchar, meditar y contemplar las obras y los misterios de Dios. Ellos decían: «Un hombre puede parecer silencioso, pero si en su corazón está condenando a los demás, está hablando sin cesar.»<sup>16</sup> En la meditación esotérica el silencio es una tentativa de desocupar la mente, mientras que el silencio y la contemplación cristianos son una tentativa de desocupar la mente de los pensamientos humanos y llenarla con los pensamientos de Dios. «El silencio es mucho más que la ausencia del habla. Esencialmente, silencio es escuchar.»<sup>17</sup> El salmo afirma: «Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios» (Sal 46:10a). El profeta también dice lo siguiente: «El Señor está en su santo templo; ¡guarde toda la tierra silencio en su presencia!» (Hab 2:20). El silencio y la contemplación en la tradición cristiana son la postura que asumimos delante de Dios para escuchar su voz. Los cristianos ortodoxos entendieron mejor esta necesidad del corazón y del alma humana. Desarrollaron a lo largo de la historia una fuerte tradición contemplativa. La oración para ellos es mucho más una cuestión de oír que de hablar. En vez de presentar a Dios «la lista de compras» con súplicas y gratitudes, ellos buscan aguardar en silencio para oír lo que Dios tiene para decirles y luego responder en oración. Para ellos, el gran ejemplo de oración en la Biblia es María, la madre de Jesús, quien sólo respondió al ángel diciendo: «Aquí tienes a la sierva del Señor. Que él haga conmigo como me has dicho» (Lc 1:38). La oración es nuestra respuesta a la

---

<sup>16</sup> Segundo Galilea, *op. cit.*, p. 56.

<sup>17</sup> Francis Kelly Nemeck y Marie Theresa Coombs, *The Way Of Spiritual Direction*, A Michael Glazier Book, The Liturgical Press, Minnesota, 1936, p. 199.

propuesta y al llamado de Dios. La primera palabra es siempre la de Dios; a nosotros nos toca la segunda palabra: la respuesta.

Keneth Leech<sup>18</sup> presenta tres razones para justificar la importancia del silencio y la soledad. Primero, nos ayudan a conocernos a nosotros mismos, lo cual es un paso fundamental para el conocimiento de Dios. Segundo, abren nuevos caminos para una experiencia más profunda y contemplativa en la oración, partiendo de la oración que el Espíritu Santo realiza en nosotros. Tercero, son elementos importantes en la práctica pastoral. Nada es más útil y necesario en el cuidado pastoral y en la práctica de la dirección espiritual que la habilidad para oír, nutrida por la contemplación. Las personas buscan pastores que posean quietud interior más que cualquier otro don pastoral. Para Leech, el silencio es el camino por el cual nosotros nos acercamos a la Palabra divina, la digerimos y la absorbemos de tal forma que ella se convierte en una parte de nuestro ser y nos transforma.

Las parábolas fueron la forma que Jesús prefirió usar para comunicar los misterios de su Reino. Eran historias comunes, casuales, sobre semillas, ovejas, hacendados y banquetes. A través de las mismas, Jesús quería estimular la imaginación de sus oyentes, para que entendiesen los misterios del Reino de Dios. Él no buscaba presentar fórmulas y conceptos previamente definidos de manera paternalista, como un profesor en la clase. Las parábolas no eran ilustraciones que facilitaran la comprensión de los conceptos filosóficos de la teología. Más bien exigían de los oyentes atención, silencio,

---

<sup>18</sup> Kenneth Leech, *Spiritual and Pastoral Care*, Cowley Publications, Massachusetts, 1989, pp. 20, 21.

imaginación y contemplación para ser entendidas. Se trataba de un ejercicio de la paciencia y de la fe.

El apóstol Pablo afirma que somos el templo del Espíritu Santo, el lugar de su morada. El Espíritu está en nosotros y vive en nosotros. ¿Por qué, entonces, muchos cristianos de hoy no gozan de la vida del Espíritu? ¿Será que es sólo porque aún no lo han experimentado plenamente? Puede ser. No obstante, imagino que la gran dificultad que muchos cristianos enfrentan en su vida espiritual no pasa por la necesidad de tener más experiencias sino por la de volverse hacia adentro del alma y del corazón para conocer, en efecto, al Dios que habita allí. Para Juan Casiano (365-435 d.C.), la liberación de los impulsos frenéticos, que frecuentemente nacen de nuestras inquietudes interiores, nos conduce a una verdadera y libre comunión con Dios y con los seres humanos.<sup>19</sup>

Para San Juan de la Cruz, el silencio nos lleva a una crisis purificadora. En su libro *La noche oscura*, donde describe su desierto personal, él afirma que el sufrimiento nos libera de la dependencia de los resultados externos. Nos dejamos impresionar cada vez menos por la religión de los grandes acontecimientos, de los templos, el dinero y los milagros, para preocuparnos cada vez más con aquello que realmente necesitamos. Nos preocupamos cada vez menos por nuestro destino y nos colocamos más y más en las manos de Dios y en la de los demás.

Este camino de regreso al corazón, del encuentro con nuestra alma, sólo puede ser recorrido a través del silencio y de la contemplación. Oír el veredicto que Dios tiene de nosotros exige silenciar otras voces y ruidos, para escuchar sólo la voz

---

<sup>19</sup> Robin Maas y Gabriel Odonnell, *Spiritual Traditions for the Contemporary Church*, Abingdon Press, Nashville, 1990, p. 64.

de Dios. «Aquiétate en la soledad y encontrarás al Señor en ti mismo» (Teresa de Ávila). Es importante afirmar, una vez más, que el Espíritu Santo habita en nosotros, sólo que no lo escuchamos porque estamos demasiado inquietos y con el corazón repleto de voces. «Más se atiende a las palabras tranquilas de los sabios que a los gritos del jefe de los necios» (Ec 9:17).

Se evita la práctica del silencio porque es a través de éste que los fantasmas del alma, los miedos y las angustias que viven en los escondites del corazón, surgen con todo su poder y terror. Sin embargo, también a través del silencio encontramos el poder de Dios que hace perecer los fantasmas y los miedos, y renueva en nosotros la alegría de la paz y de la comunión íntima con el Señor.

I. En un primer momento,  
el silencio es pura privación,  
carencia, vacío tedioso,  
un desprenderse de las personas,  
de las cosas y de las actividades atrayentes.  
El silencio es percibido  
como inútil, como aborrecido,  
como pérdida de tiempo.

Lleno de eco, confuso, desconectado,  
ansioso de las cosas dejadas atrás,  
preocupado con lo que viene por delante,  
carente de compañía y ocupación,  
exigente de distracciones.

II. Pero cuando se pasa este momento,  
el silencio se hace palabra.  
Los fantasmas escondidos  
comienzan a salir a la luz  
y a gritar todas las exigencias.  
Antes trabajaban en la clandestinidad,  
enmascarados y escondidos en el activismo,

en proyectos y relaciones,  
y pasaban casi desapercibidos.  
Sin embargo, también la vida embravecida  
comienza a brotar más firme y sólida,  
y nos sorprende la profundidad ignorada  
que surge en nosotros mismos,  
a partir de nuestra apertura  
hacia el infinito Dios.

III. El silencio, entonces, se transforma en lucha  
cuerpo a cuerpo con los vicios del alma,  
y con los fantasmas y sus ejercicios de miedos,  
y las nuevas exigencias  
de una autonomía inagotable.  
El silencio es tenso,  
implacable y decisivo.

En la lucha, algo en mí muere,  
algo vuelve a ser clandestino,  
pero también algo nuevo se afirma.  
Salgo, sin embargo, marcado  
por la agonía del arrepentimiento,  
y transformado por el Espíritu.

IV. El silencio se cristaliza  
delante de esta acogedora y santa presencia.  
Se pasa de la locura del «cronos»  
al descanso del «sabat»  
y a la plenitud de un «kairós»  
fértil de convicciones infinitas  
y de vida recién nacida.  
Serenos, estar en compañía  
de quien me abre el espacio  
de su amor discreto y silencioso,  
donde se hace consistente mi armonía  
y mi paz de alma.

El silencio se hace silencio pleno,  
confiado. Alegre, sosegante, innovador.

El silencio es palabra encarnada,  
es oración sin palabras.<sup>20</sup>

## Martirio

Una preocupación de los Padres del desierto fue la ausencia de martirio y de sufrimiento que creó la tranquilidad constantiniana. La sangre de los mártires sostenía la integridad de los cristianos y del evangelio, y una vez que no era requerida más, al no haber ningún tipo de persecución, se temía un decaimiento religioso y un consecuente enfriamiento de la fe apostólica.

Recordemos, otra vez, que el movimiento monástico fue una respuesta a un contexto muy específico, y que su gran contribución a la historia de la iglesia está, precisamente, en la forma radical con que respondió a sus desafíos. Entre todos los ideales monásticos, tal vez el que más nos choca, por su radicalidad, sea el martirio, que llevó a imponer sesiones de autoflagelación a aquellos que buscaban una vida de pureza y santidad. Sin embargo, como nuestro objetivo no es analizar detalladamente las desventajas del monasticismo sino sus contribuciones, resta preguntarse cuál es el aporte del martirio a la espiritualidad moderna.

La fe cristiana tiene como símbolo a la cruz. John Stott muestra la paradoja que significa para muchos cristianos aceptar la cruz como el símbolo de su fe. Lo que ella representó para el Señor, debe seguir representándolo para la iglesia moderna:

---

<sup>20</sup> Poema de autor desconocido, traducido al portugués y adaptado por Osmar Ludovico da Silva.

La elección que han hecho los cristianos de la cruz como símbolo de su fe resulta más sorprendente todavía cuando recordamos el horror con que se consideraba la crucifixión en el mundo antiguo. La «palabra de la cruz» que predicaba Pablo constituía para muchos de sus oyentes un motivo de tropiezo y, más todavía, una «locura» (1Co 1:18, 23). ¿Cómo podría una persona en su sano juicio adorar a un hombre que había sido condenado como criminal, y sometido a la forma más humillante de ejecución? Esta combinación de muerte, crimen y vergüenza lo excluía de toda posibilidad de merecer respeto, y mucho menos adoración.<sup>21</sup>

Más allá de simbolizar el triunfo de Cristo sobre el pecado, el mal y la muerte, la cruz simboliza también el camino del discípulo cristiano, de la fe en Cristo y de la peregrinación de la iglesia en el mundo. Siempre que los cristianos viven momentos de paz, tranquilidad y prosperidad, la cruz es sustituida fácilmente por otros símbolos de la fe. No es una exageración decir que para muchos hoy un automóvil nuevo, de preferencia importado, o una bella casa de campo o en la playa, o una mansión o un departamento de lujo en la ciudad, son los nuevos símbolos de la fe. Vivimos en un tiempo en que el sufrimiento es considerado una maldición y la prosperidad material es el único referente concreto de la presencia y bendición de Dios. Es muy posible que la cruz, con todo lo que ella representó y ha representado en la historia del cristianismo, esté perdiendo su poder de transformarnos en verdaderos discípulos del «Siervo Sufriente».

---

<sup>21</sup> John Stott, *La cruz de Cristo*, Ediciones Certeza, Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito, 1996, p. 28.

El martirio fue, en cierto sentido, una tentativa de rescatar el significado de la cruz para el discípulo de Cristo. De una manera u otra, la iglesia creció y caminó bajo la sombra de sus mártires. Vivir la experiencia cristiana allí donde el martirio no era contemplado como un hecho subsiguiente de la fe representaba, como mínimo, un gran peligro. El sufrimiento no era visto como un accidente sino como un hecho que acompañaba la vida de todos aquellos que quisiesen seguir a Cristo y su Palabra. No hay cómo escapar de él. En su libro *Jesús y la realidad política*, John H. Yoder expone el texto bíblico que afirma la necesidad de que cada discípulo tome su propia cruz, renuncie a todo cuanto tiene y después siga a Cristo. Allí este autor no define la cruz (que todo cristiano lleva) como accidentes imprevisibles o enfermedades inesperadas sino como el fruto de una opción consciente y previsible que cada uno hace al decidirse por Cristo.<sup>22</sup> El camino del discipulado cristiano se define por el significado mismo que la cruz tuvo para la misión de Cristo. Pero, ¿es posible que la iglesia fabrique un martirio o provoque alguna persecución? ¿No estaría corriendo el riesgo de ser una comunidad masoquista? Es posible que sí, pero la lección que los mártires nos legaron es que la cruz continúa en el centro de la fe cristiana. No es necesario provocar el martirio, tampoco una persecución. El camino del discipulado siempre será un camino hacia el Calvario. No es preciso asumir el voto de la castidad para poner sobre nosotros alguna forma de sufrimiento, pero sí es preciso entender que aún hay mucho por hacer para conducir a la iglesia de Cristo a la comunión con su Señor. Como dice el apóstol Pablo: «Ahora me alegro en medio de mis sufrimientos

---

<sup>22</sup> John H. Yoder, *Jesús y la realidad política*, Certeza, Buenos Aires, 1985, p. 97.

por ustedes, y voy completando en mí mismo lo que falta de las aflicciones de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la iglesia» (Col 1:24). Aquí el apóstol Pablo describe el sufrimiento (martirio) constante al que es sometido todo aquel que desea servir a la iglesia de Jesucristo. No está hablando de un sufrimiento vicario —esto nuestro Señor ya lo realizó por completo—, sino de una comunión en el sufrimiento de Cristo por su iglesia.

Los Padres del desierto buscaban vivir el discipulado tan radicalmente, que imponían sobre sí todo cuanto su Señor había sufrido. Muchos intentaron ayunar durante cuarenta días y cuarenta noches; prácticamente todos se despojaron de sus pertenencias; muchos asumieron la mendicidad en su forma más radical, por creer que el cristiano alcanzaría así la plena dependencia de Dios y de su gracia. El principio que los movía a tal actitud no era alcanzar alguna gracia divina, sino reconocer que no podían vivir de manera diferente de la que vivió su Señor. Para ellos era un gran honor y privilegio sufrir como Cristo. Pienso que la gran contribución del martirio a la espiritualidad monástica es el rescate del lugar del sufrimiento en la teología cristiana. Todo lo que analizamos hasta ahora (ascetismo, imitación, silencio) trae, en cierta medida, alguna forma de martirio o sufrimiento. Aun el silencio, como ejercicio ascético, no deja de ser una práctica dolorosa.

La preocupación del ser humano moderno es crear medios que eviten el sufrimiento y el dolor. Los grandes avances de la ciencia se dan exactamente en esta área. El patrón de vida y de comodidad del ser humano a comienzos del siglo 21 alcanza niveles jamás imaginados, y cuanto mayor es el confort, menor es la disposición al sufrimiento y a la renuncia. Sin duda, vivimos hoy en un tiempo muy parecido al de los siglos 3 y 4. El crecimiento de las iglesias evangélicas, su popularización e

inserción en el mundo político, económico y social, y la conversión de personalidades famosas dan hoy a los evangélicos un *status* jamás experimentado antes en estas regiones. Todos los sentimientos de minoría y de persecución, que caracterizaron al protestantismo en el Brasil desde la llegada de los primeros misioneros, desaparecen para dar lugar a un nuevo sentimiento de «minoría ascendente y popular». Los evangélicos tienen ahora presencia garantizada en los grandes foros de los debates nacionales y en las portadas de periódicos, revistas y televisión. Aunque, por un lado, esto representa nuevas formas de evangelización, por otro lado, es motivo de preocupación y de cautela. La iglesia experimentó algo muy semejante con la conversión de Constantino. Cuando el cristianismo se convirtió en una religión oficial, se hizo popular, atrajo a hombres y mujeres cuya principal motivación no era Cristo y su cruz sino los beneficios materiales, sociales y políticos que tal «conversión» podría proporcionar.

En este contexto, muchos cristianos dejaron sus ciudades e iglesias para iniciar uno de los movimientos más significativos de la historia del cristianismo. La búsqueda de la preservación de aquello que consideraban ser las raíces del cristianismo primitivo fue su motivación básica. Quizás la iglesia evangélica moderna necesite hoy pensar en una propuesta monástica, que la lleve a preservar la naturaleza original del cristianismo histórico. El monasticismo moderno no necesita reproducir la misma experiencia del monasticismo de los siglos 3 y 4 sino buscar un camino que ayude a preservar la cruz en el centro de la experiencia cristiana. Cuando miramos hacia atrás, hacia la historia, reconocemos que aquello que preservó a la iglesia no fue el cristianismo decadente del imperio, con su lujo y

riqueza, sino los grupos monásticos cenobíticos,<sup>23</sup> o los ermitaños, quienes, con su compromiso radical y sinceridad, aun cometiendo errores groseros, dieron susten-to a aquello que creían ser la naturaleza y vocación de la iglesia.

Se cambió sufrimiento y dolor por seguridad y comodidad. El único antídoto contra la tentación del deseo de comodidad es el rescate de la cruz y su significado para el discipulado. El martirio en la tradición monástica contribuyó para que la iglesia no perdiese de vista la naturaleza de su vocación misionera y profética. El desafío de la iglesia moderna ante su crecimiento y popularización es buscar medios de preservar para las generaciones futuras el mismo legado que Jesús dejó a los apóstoles.

Una vez más, vale recordar que ni el martirio ni el ascetismo, ni ninguna otra práctica espiritual, sustituyen la gracia de Jesús en la salvación y santificación del cristiano. No constituyen fines en sí mismos. Más bien, son caminos y opciones que nos colocan en posición de ser más sensibles a la manifestación de la gracia transformadora de Dios.

### **Obediencia y sumisión**

La obediencia y la autoridad espiritual son, tal vez, los dos temas peor empleados y abusados en el mundo religioso, particularmente en el evangélico. En nombre de la obediencia, se ha exigido las cosas más absurdas y se ha otorgado un poder ilegítimo e indebido a muchos líderes cristianos. La resistencia que hoy encontramos respecto a este tema es consecuencia de esos abusos, no sólo en el mundo religioso sino también en el político y el social. La sed de poder y la necesidad de controlar la vida y el destino de los seres humanos son marcas

---

<sup>23</sup> Expresión que define una categoría de monasterios comunitarios.

distintivas del pecado original, que permanece activo en las relaciones humanas.

Martín Lutero afirmó: «El hombre cristiano es el señor más libre de todos, y no se somete a nadie; el hombre cristiano es el siervo más obediente de todos, y se somete a todos».<sup>24</sup> En la tradición monástica, la obediencia era el camino para experimentar la verdadera libertad. Según la enseñanza de los Padres del desierto, el ser humano se encuentra libre sólo cuando conoce el camino de la obediencia y la sumisión a Dios, a sus planes y propósitos. La libertad no consiste en hacer lo que quiero sino en ser aquél para lo cual fui creado. Y ser y hacer aquello para lo cual fui creado sólo es posible en comunión sumisa y obediente con el Señor. En este sentido, la obediencia se encuentra en el centro de nuestra espiritualidad. En la tradición de los Padres del desierto, la obediencia significa oír a Dios y actuar bajo la orientación de su Palabra.

---

<sup>24</sup> Foster, *op. cit.*, p. 123.

La obediencia que Cristo tributó a su Padre fue una característica determinante de su espiritualidad y misión. Esta obediencia no nace de ningún sistema jerárquico de poder o de dominación. Por el contrario, al igual que en las otras disciplinas espirituales, surge de una postura que se asume delante de Dios y de los seres humanos. El concepto de obediencia que tenemos, al que con razón resistimos, es el de sumisión jerárquica impuesta por el poder y dominación de los más fuertes. Sin embargo, para los Padres del desierto la sumisión no tenía nada que ver con las estructuras jerárquicas, ni siquiera con algún tipo de relación de dominio o poder. Para ellos, la sumisión era fruto de la humildad que nacía de la experiencia y del conocimiento de Dios. «Humildad es experimentar la realidad de Dios y, a través de ella, la propia realidad. Y eso necesariamente crea una actitud verdadera respecto a lo que somos y a lo que tenemos, y respecto a los demás.»<sup>25</sup> La humildad —vista como virtud espiritual que nos capacita para vernos y aceptarnos como somos, ver al mundo y a los demás como son, y aceptar a Dios como realmente es— crea la posibilidad de establecer relaciones verdaderas y humanas. Para los Padres del desierto, una de las manifestaciones más concretas de la humildad era la obediencia a las personas, particularmente a los maestros espirituales, como señal de que uno busca la verdad y las relaciones más íntimas y personales.

El orgullo proveniente del individualismo consumista de comienzos del siglo 21 nos ha llevado a romper los lazos afectivos de nuestras relaciones y a optar por amistades superficiales. El miedo de ser dominados y controlados por otros nos lleva a alejarnos de las personas y a construir fortalezas que protegen nuestra privacidad y evitan la entrada

---

<sup>25</sup> Galilea, *op. cit.*, p. 75.

de intrusos y de consejos no deseados. Pero si nos distanciamos de las personas, también nos distanciamos de Dios. El ejercicio de la obediencia se construye a partir de nuestras relaciones con Dios y con el prójimo.

La obediencia como postura espiritual nos coloca delante de los misterios de la vida, nos humilla y nos hace capaces de conocer la verdad acerca de nosotros y de los demás. Nos abre las puertas para penetrar en los misterios de la amistad y del conocimiento. Es por esta razón que la obediencia nos enseña el camino de la oración. La oración no existe como un instrumento de realización de lo que juzgo correcto y adecuado para ésta o aquella situación, ni como un instrumento de manipulación de Dios y de su voluntad, sino como una herramienta de humillación y afinidad con la voluntad y propósito del Creador. En virtud de haber olvidado el significado de la obediencia, muchos hoy entienden la oración como un instrumento de realización de sus propios proyectos y deseos. Oran exigiendo que Dios actúe conforme a la determinación de ellos. Cuando ven que sus oraciones no son atendidas en tiempo y forma según sus expectativas, experimentan la rebelión y dudan del amor y de la justicia de Dios. Esta arrogancia espiritual, propia de nuestro tiempo, nace de una completa pérdida del sentido de la sumisión y obediencia a un Dios que revela tanto nuestro pecado como su gloria y justicia.

Para los Padres del desierto, la obediencia conduce a dos caminos. Por un lado, conduce al camino que lleva hacia Dios mismo. Ellos consideraban el orgullo como una forma de mentira y ceguera que distorsiona la imagen de Dios y compromete toda la espiritualidad humana. Solamente a través de la obediencia y la humildad podemos rescatar la imagen de Dios y establecer una relación sana y transformadora. Por otro lado, la obediencia conduce al camino que nos lleva hacia

nosotros mismos y hacia los demás. Para estos Padres, el orgullo también afecta lo que pensamos acerca de nosotros mismos y de los demás. Por tanto, la obediencia tiene que ver con nuestra forma de hablar *con* los demás y *de* los demás. Tiene que ver con los juicios que esta-blecemos sobre los demás y sobre nosotros mismos, y con la paciencia y el perdón con que recibimos a esas personas.

Como podemos ver, cuando la obediencia y la sumisión son reconocidas como virtudes espirituales que hacen al corazón humano más dócil y receptivo, abren puertas, rompen barreras y permiten construir relaciones más profundas y personales. Sólo somos aptos para entregarnos en sumisión y obediencia a Dios y a los demás cuando conocemos el amor y el poder de Dios en el silencio y en la contemplación.

Normalmente, la inseguridad afectiva lleva a muchos a optar por el poder y el control, y no por el amor y la obediencia. La sumisión es la opción que escogemos por causa del amor y de la renuncia al poder. No se trata de una estructura de poder que exige la obediencia sino de una opción por el amor en la que la obediencia se experimenta como camino de conocimiento y de crecimiento. La sumisión de un marido a su esposa y viceversa no se debe a una estructura de poder establecida en el hogar, que determina quién manda a quién, sino a una relación de amor en la que ambos entregan sus armas y buscan humilde-mente la verdad. El orgulloso y arrogante nunca busca ni encuentra la verdad, porque vive solo y no se sujeta a nadie, ni siquiera a Dios.

Recientemente conversé con un grupo de amigos sobre el lugar de la obediencia y de la sumisión en la experiencia espiritual. Concluimos que, en verdad, ninguno de nosotros tenía a alguien a quien rendir cuentas de su espiritualidad.

Éramos cristianos solitarios y, consecuentemente, vulnerables. La obediencia nos coloca más cerca de los demás, crea vínculos y lazos afectivos, desarma el corazón y la mente, y nos abre a la posibilidad de vivir una verdadera experiencia comunitaria. Esta sujeción, que descubrimos que no teníamos, es algo esencial para la sobrevivencia del alma. Es diferente de una obediencia formal, jerárquica, estructural. Se trata de una postura, una disposición del corazón y del alma, una opción por el amor y una renuncia al poder y al control. Esta disposición ha de encontrarse no sólo en nuestra relación con Dios sino también en nuestra postura hacia los seres humanos y los misterios de la vida. Es la disposición del corazón de aquel que reconoce que solo no encontrará nada, pero que en compañía de otros encontrará el camino de la vocación y de la comunión.

Siempre es bueno recordar que nuestra salvación se hizo posible por causa de la obediencia de un ser humano: Jesús. «Porque así como por la desobediencia de uno solo muchos fueron constituidos pecadores, también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos» (Ro 5:19). Por su postura obediente, Jesús nos trajo la salvación. La seguridad que encontró en la comunión con el Padre le dio la libertad de sujetarse a los seres humanos, incluso a los más perversos. Cuando Pilato lo interroga y afirma que el poder para su condenación o absolución está en sus manos, Jesús responde que el verdadero poder no pertenece a Pilato sino a su Padre, a quien, en efecto, dedica su vida y destino por amor. La sumisión de Jesús fue posible sólo porque no tenía temor de ningún otro, excepto del Padre Celestial.

Si deseamos crecer personal, espiritual y vocacionalmente, necesitamos descubrir la virtud de la sumisión como disciplina espiritual. Reflexionemos en las palabras de George Matheson,

quien presentó esta gran paradoja de la sumisión y de la libertad en los siguientes versos:

Cautívame, Señor,  
y entonces seré libre;  
oblígame a entregar la espada,  
y seré vencedor.  
Yo decaigo con las alarmas de la vida  
cuando estoy por mi cuenta.  
Aprisioname entre tus brazos,  
y fuerte será mi mano.<sup>26</sup>

## **El lugar del desierto en el encuentro con Dios**

El desierto no debe ser visto, necesariamente, como un alejamiento geográfico y social, sino como una actitud, como una postura delante de Dios y de nosotros mismos. Es el lugar o situación que desenmascara aquello que suponemos ser, donde nuestras ilusiones son confrontadas con la verdad y nuestras ideas y nuestros conceptos sobre Dios son sustituidos por la revelación del propio Dios. A veces somos llevados al desierto, como en el caso de Job; otras veces lo producimos nosotros, como los Padres del desierto. Sin embargo, lo esencial es la actitud, la disposición para este encuentro. Job fue conducido involuntariamente al desierto para tener una experiencia con el vacío, despojado de todo lo que no era Dios para encontrarse con Dios. Los monjes provocaron su desierto retirándose, preci-samente, a las regiones desérticas y remotas de Egipto, Palestina y Siria. No importa dónde sea el desierto de cada uno, pero sí interesa su importancia y su necesidad

---

<sup>26</sup> Foster, *op. cit.*, p. 128.

para provocar el encuentro del ser humano con Dios y consigo mismo.

Muchas veces un cambio, una enfermedad, la pérdida de un empleo estable, o la de un ser querido, se pueden transformar en un desierto. Alguien que se juzga famoso, conocido por lo que hace, honrado y respetado por su comunidad, puede encontrar el desierto cuando es colocado en un lugar donde nadie lo conoce ni sabe de sus hechos. El desierto es un lugar de dolor, pero también de transformación. El mundo nos engaña, la iglesia muchas veces también nos engaña, nuestras fantasías y máscaras alimentan ilusiones y crean un mundo irreal y falso, donde luchamos desesperadamente por preservar esas ilusiones.

El desierto es el lugar donde los ídolos son quebrados. Fácilmente nos apegamos a todo aquello que, de alguna manera, nos da protección, significado y realización. Son pequeños ídolos, aparentemente inofensivos, pero que actúan con un poder enorme sobre la vida humana, al punto de reducir a Dios a una mera fuerza espiritual que preserve el *status* alcanzado por nuestros ídolos. Para ser más claro, muchos cristianos creen que el centro en torno al cual gira su vida no es Dios y la voluntad divina sino su trabajo, su posición social, su familia, su estabilidad económica, su realización profesional, etcétera. Cuando una o más de estas cosas — como la estabilidad económica o familiar — son sacudidas o acaso arrancadas de nosotros, frecuentemente nos preguntamos: «¿Dónde está Dios?», como si Dios se hubiese ido con la estabilidad. En efecto, para muchos, él se va cuando se pierden bienes de gran valor. La estabilidad, los bienes o aun la profesión se transforman fácilmente en nuestros ídolos, y Dios no pasa de una fuerza que opera en la preservación de aquello que en realidad sostiene nuestra creencia. El desierto

es el lugar donde los ídolos modernos son rotos, donde no existe ningún otro valor que pueda sustituir a Dios. En el desierto ya no tenemos donde continuar ocultándonos. Allí experimentamos la protección, el significado y la realización que vienen solamente de Dios. Esto sucede porque fácilmente nos acostumbramos a decir que es Dios quien nos protege, quien nos da el significado y la razón para vivir, cuando, en realidad, la verdadera fuente de nuestra alegría, felicidad y seguridad no es él sino los diversos escudos detrás de los que nos escondemos. En el desierto no existen escudos, ninguna posición social o eclesiástica detrás de la cual podamos escondernos. Es el lugar de nuestra desnudez, de nuestro total abandono, del encuentro real y verdadero con Dios.

El salmo 139 nos habla de esta experiencia del desierto, de la constante tendencia del ser humano de huir de un Dios que lo conoce plenamente. No hay nada más deseable ni, al mismo tiempo, más rechazado que una relación con alguien que nos conoce totalmente. Tener una relación personal con Dios significa un vínculo con alguien para quien no hay secretos. No hay nada que Dios no conozca completamente, sean gestos, palabras, pasado, pensamientos, sentimientos o deseos. A veces me pregunto cómo puede darse una relación con alguien para quien yo no tengo ningún secreto, ante quien yo no necesito vestirme con mis fantasías, ni puedo intentar impresionarlo con mis conquistas, ni tengo que afirmarme con mis realizaciones ni puedo seducirlo con mis conversaciones vacías. Nuestras relaciones se construyen, básicamente, así. Desde temprano aprendemos a representar, a impresionar a las personas y a buscar la autoafirmación en el trabajo y en las conquistas. Las relaciones se dan con personas que no nos conocen por lo que somos, sino por lo que hacemos. No nos aman necesariamente porque nos conocen, sino porque nos

juzgan útiles. Ante ellos buscamos siempre esconder aquello que sabemos que podría perjudicar la imagen que queremos que tengan de nosotros. El salmo 139 nos habla del descubrimiento de un Dios para quien no hay secretos, que nos conoce y nos ama exactamente por lo que somos. Ésta es un relación única, que tiene su principio en el encuentro con Dios en el desierto.

En los primeros seis versículos, el salmista realiza algunas afirmaciones acerca del conocimiento que Dios tiene del ser humano, conocimiento que penetra los lugares más sombríos y secretos del alma humana. Por ello, concluye diciendo: «Conoci-miento tan maravilloso rebasa mi comprensión». Se trata de un conocimiento que nos asusta, nos desarma y nos coloca en una posición de completa vulnerabilidad. Dios no sólo conoce lo que somos y hacemos sino que también anticipa nuestras acciones. Lo que hablamos, lo que pensamos, la dirección que seguimos y hasta los secretos del silencio de nuestro cuarto son hechos conocidos por Dios. Lo que asombra al salmista es este conoci-miento íntimo que Dios tiene del ser humano, eso que presenta como «tan maravilloso», aun difícil de soportar. El poeta muestra el carácter personal de un Dios que nos conoce como personas y revela su carácter relacional. Dios no sólo nos conoce sino que desea relacionarse con nosotros personalmente.

Del versículo 7 al 12 el salmista describe la lucha constante del ser humano que intenta desesperadamente huir de la presencia de Dios. Es bueno que quede claro que la presencia de Dios es descrita como un conocimiento personal e íntimo que Dios tiene del ser humano que él creó conforme a su imagen y semejanza. Huir de la presencia de Dios es huir de esta relación personal que revela quiénes somos. Es continuar escondiéndonos de nosotros mismos. Ningún ser humano

obtiene el conocimiento de sí mis-mo fuera de una relación. No es posible tener un conocimiento objetivo sobre nosotros mismos, si no entramos en una relación de amistad y amor. Tal vez por esto el vínculo humano y perso-nal es algo que siempre deseamos y rechazamos. Vivimos perma-nentemente en este conflicto entre la soledad y la comunión. Para los Padres de desierto, encontrarse con Dios implica tam-bién un encuentro con uno mismo.

El problema que el salmista enfrenta, y que todos nosotros enfrentamos también, es que a pesar de que nuestra inclinación natural es intentar escondernos de quien nos conoce, es decir, huir de la presencia de aquel que sabe nuestros secretos más íntimos, tarde o temprano concluimos que no podremos escon-dernos de Dios jamás. No existe un lugar donde el hombre pueda huir de la presencia de Dios. «Si subiera al cielo —dice él—, allí estás tú». La asombrosa verificación del salmista es que no hay un lugar en el universo donde pueda encontrarse abso-lutamente solo. Este es el dilema. La naturaleza humana busca siempre esconderse de la faz del Creador, y es porque sabe que él la conoce muy bien. No nos interesa relacionarnos con alguien ante quien no es posible esconder cosa alguna. Así fue al inicio, después de la caída. Cuando el hombre descubrió su desnudez, se escondió del Creador y de su prójimo. Y así ha sido por toda la historia. Soñamos con algún lugar, ya sea el abismo o el cielo, una isla desierta en los confines de la tierra, o las tinieblas de nuestros vicios y locuras. Necesitamos un lugar donde nadie nos conozca, donde podamos escondernos. Ese lugar podría ser nuestro ministerio o quizás nuestro trabajo, pero precisamos un lugar para escondernos de la faz del Señor, porque al contemplar su faz también veríamos la nuestra. Y de eso, precisamente, huimos.

El salmo continúa revelándonos la acción de Dios, quien nos creó, formándonos desde el vientre de nuestra madre. Todo lo que somos, cada célula de nuestro organismo, trae consigo el toque del Creador. Antes de que hubiese forma alguna en nosotros, Dios ya nos contemplaba y nos conocía. Nuestros días, nuestros pasos, cada pensamiento, decisión, planes, todo fue contemplado, determinado y escrito, cuando no había nada todavía, ni siquiera un bosquejo de lo que seríamos. No hay nada, ningún momento, ni gesto ni pasaje de nuestra historia que no haya sido contemplado por Dios antes de que hayamos venido al mundo. Ante este hecho, sabemos que la única posibilidad de conocernos como somos no es a través de análisis terapéuticos sino a través de la relación con el único que verda-deramente nos conoce, nos acepta y nos ama como somos.

No existe nadie que nos conozca plena e íntimamente como Dios. Es cierto que nuestras relaciones de amistad son fundamentales para conocer más a Dios y conocernos a nosotros mismos. Sin embargo, el salmista afirma que nadie nos conoce como Dios y que no hay ningún conocimiento objetivo sobre nosotros mismos fuera de esta relación única con él. Una afirmación que llama mucho la atención en este salmo es la del versículo 14: «¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien!» Lo que determina la autoimagen, la identidad del salmista, no es los demás con sus impresiones, ni su espejo con su imagen reflejada, sino su propia alma. Su alma sabe muy bien lo que Dios hizo y cómo lo hizo. El desierto proporciona esto, la posibilidad de decir «esto lo sé muy bien». No vivo más en la dependencia de definir quién soy por las máscaras y fantasías que el mundo y los demás continúan insistiendo en que use,

pero Dios, en su amor y gracia, me conoce y acepta, me creó para ser único y, cuando contemplo esta extraordinaria obra del Creador, puedo decir que mi alma, mi ser más profundo, mi realidad última, sabe quién soy, y todo esto es demasiado maravilloso.

Sólo delante de Dios puedo ser libre para relacionarme con las personas. Solamente delante de él soy aceptado y amado por lo que soy, porque él me conoce perfectamente y para él no existen secretos respecto a mí. Por eso puedo también desnudarme delante de los demás en confesión y comunión. Jamás nadie se aventuraría a exponerse delante de los demás sin tener la seguridad, aunque sea mínima, de que es amado y aceptado. Sin embargo, delante de Dios podemos experimentar la sensación de seguridad del amor y de la aceptación, lo cual nos libera para establecer relaciones más humanas y verdaderas. Básicamente, se trata de la experiencia espiritual que el desierto hace posible.

El salmo concluye con una oración para que Dios comparta con nosotros ese conocimiento, es decir, para que nos revele aquello que somos delante de sus ojos. Esta oración es también una invitación para que, en lugar de huir de la presencia de Dios, hagamos de nuestro corazón, de nuestra alma, el lugar de su habitación, de la comunión y de la amistad. «Examíname, Oh Dios, y sondea mi corazón» (v. 23), revela lo que hay dentro de mí, quién soy, mis pecados, mis virtudes, mi amor y mi odio. Esta es la oración que hacemos delante de alguien que nos conoce y ama tanto. Este conocimiento maravilloso de la gracia de Dios que nos ha formado, que nos hace saber ante todo que somos un acto de amor, nos lleva a abrir el corazón y a dejar que Dios entre y nos revele los pensamientos, caminos y secretos. No hay lugar donde pueda esconderme del Dios que me conoce y ama.

Ése es el papel del desierto en la vida espiritual. Nos lleva a esta oración: «Examínate, Oh Dios.» Así sucedió con Job y ha sucedido con todos los que, después de innumerables intentos frustrados de huir de Dios, se rindieron a su amor. Así permitieron que él desnudara su alma y su corazón y les revelara los secretos más profundos de su vida, arrancara las máscaras de sus ilusiones y rescatara la belleza de su humanidad, haciendo de ellos personas verdaderas, que registraran una nueva relación personal, afectiva e íntima con él.

## **El desierto en la experiencia bíblica**

El pueblo hebreo vivió una experiencia de desierto literal, que ilustra bien lo que estamos intentando demostrar. Sabemos que este pueblo pasó más de cuatro siglos viviendo bajo el dominio y el cautiverio egipcios. Durante todos estos años, incorporó a su propia cultura y religión muchos valores, costumbres y hábitos paganos, extraños a los propósitos de Dios, sin darse cuenta de la gravedad de estos cambios. En parte, conservó su identidad religiosa, su monoteísmo y su esperanza de la tierra prometida. Sin embargo, el virus del paganismo ya había minado sus bases religiosas y sociales, y no era tarea fácil separar una cosa de la otra.

Después de aquellos años, los israelitas fueron liberados e iniciaron su jornada por el desierto, en dirección a la tierra prometida. Durante la peregrinación, los vicios incorporados en el tiempo del cautiverio comenzaron a mostrar su poder y dominio. Ante el dolor y la soledad del desierto, los valores que reposaban silenciosamente en los compartimientos secretos del corazón salieron a la luz, mostraron su cara; trajeron al escenario una realidad mucho más dura que el cautiverio

mismo: el cautiverio del corazón. La nostalgia de la «seguridad» que disfrutaban en el cautiverio se hizo más aguda. La libertad, la tierra para plantar y para ver crecer a los hijos, y un lugar de culto y adoración donde pudiesen libremente celebrar al Dios de la vida, ya no eran las cosas más importantes. La tranquilidad que daba la certeza de tener comidas a la hora exacta, la garantía del «futuro» de sus hijos y la seguridad de que no serían perseguidos y masacrados por fuerzas enemigas hicieron que muchas veces desearan retornar al seguro cautiverio de Egipto.

El desierto fue, en verdad, una experiencia espiritual, pedagógica y liberadora. Espiritual, porque reveló a qué distancia se encontraban de Dios. Aunque los conceptos monoteístas con que habían sido educados y las tradiciones de sus padres permanecían en su memoria, Dios ya no ocupaba el mismo lugar como Creador y Señor de su vida. Pudieron notar, con claridad dramática, el vacío del alma. Fue una experiencia pedagógica porque demostró a través de los hechos y de la propia experiencia la verdad sobre el carácter del pueblo: aunque éste afirmaba su fe indestructible en el Creador, pudo percibir que esa fe no era tan sólida como afirmaba. El conocimiento de Dios no era tan claro y su esperanza no era tan real. Por último, la experiencia fue liberadora porque el pueblo, al conocer la verdad sobre su propia fe y carácter, a través de todas las experiencias vividas, pudo experimentar un proceso de liberación de sus propias ilusiones.

Aunque los hebreos deseaban la libertad, y buscaban ansiosamente un lugar que fuese suyo, no tenían noción de su significado. Nadie de esa generación liberada del cautiverio había tenido experiencia alguna con la libertad. Todos eran hijos, nietos o bisnietos de esclavos. La libertad existía sólo como una pretensión, como un anhelo distante, un sueño

encendido y compartido por un pueblo cansado de ser explotado. La peregrinación por el desierto hizo de ese sueño de libertad una experiencia real, conquista cuyo precio podía ser la ilusión de seguridad que la esclavitud crea. En este sentido, el desierto funcionó como un agente purificador y transformador. Durante la peregrinación, aquellos vicios y valores que estaban guardados en los lugares secretos del corazón y del alma del pueblo fueron expuestos de manera que no daba lugar a sofismas. El desierto reveló los secretos más profundos del alma, incluso la idolatría, que orgullosamente rechazaban, y que jamás serían lo suficiente-mente honestos como para reconocerla en ellos. La verdad es que de aquella generación nadie, a excepción de Caleb y Josué, entró en la tierra prometida. Todos perecieron en el desierto. Sólo una generación que nació fuera del cautiverio, hijos de la libertad, ingresó en la tierra.

De una forma o de otra, todos cargamos nuestros secretos en el alma, secretos que solamente el desierto puede exponer delante de nosotros y de Dios. Muchas veces ni siquiera nosotros conocemos esos secretos, pero ellos están ahí, determinando el rumbo y los valores de nuestra vida. Son ídolos secretos que necesitan ser expuestos en el desierto de nuestra existencia para ser conocidos y exorcizados. Esos ídolos pueden ser el trabajo, el ministerio, la familia, la iglesia, la misión, el dinero, el poder, el sexo y muchas otras cosas que, en vez de proporcionar libertad y amor, nos hacen esclavos de su seguridad y de las sensaciones que crean en nosotros. En verdad, el ídolo no es otra cosa que la negación del propio Dios. Cuando cualquiera de esas cosas mencionadas arriba sustituye aquellas que sólo Dios puede hacer, se transforma en un ídolo. Cuando nuestra realización se da solamente en el trabajo, nuestra seguridad depende de la cuenta bancaria.

También a nuestra felicidad sexual la transformamos en un dios, cuando debería ser una dádiva eterna. El desierto existe para exponer estos secretos del corazón.

Este es el gran legado de la experiencia monástica. La soledad del desierto es absolutamente necesaria para la purificación del alma y del corazón. No tenemos ni idea de qué tan impregnado está nuestro corazón de valores mundanos. Como diría el sal-mista, nacemos en pecado y en pecado fuimos concebidos. El pecado está presente en nuestras entrañas y determina el sentido de la vida, y aun de la experiencia de la fe. Experimentar el desierto —sea en la forma literal de los Padres del desierto o a la manera del sufrimiento de Job, o aun como una experiencia única y singular que nos concede la gracia de Dios— es siempre un camino para estrechar nuestra comunión con Dios.

El encuentro con Dios y el cultivo de su presencia en comunión y adoración es la finalidad de toda la experiencia cristiana y de la enseñanza teológica. El Catecismo Mayor de la Confesión de Fe de Westminster comienza con la siguiente afirmación: «El fin principal del ser humano es conocer a Dios y gozar de él para siempre.» Este encuentro con Dios es también, en el lenguaje de San Agustín, un encuentro con nosotros y con nuestro corazón, toda vez que es allí donde Dios habita. Conocer a Dios sin conocer a nosotros mismos es una gran falacia.

¿Es que puede haber, Señor, cosa alguna oculta en mí — por más que yo la quiera encubrir y no confesártela—, estando tan patente a tus ojos el abismo de la conciencia

del hombre? En cualquier caso, sólo haría apartarte a ti de mi vista, no a mí de la tuya.<sup>27</sup>

Para Agustín, esconder la verdad sobre mí mismo es esconderme de Dios. El desierto promueve estas dos fuentes de conocimiento: la de nosotros mismos y la de Dios. Por un lado, el desierto es el proceso por el cual las verdades secretas de nuestra alma son reveladas, ayudándonos a conocernos a nosotros mismos, asunto del cual ya hablamos. Por otro lado, juntamente con el proceso de desnudamiento de nosotros mismos, el desierto promueve una revelación más profunda e íntima de Dios. Esto sucede porque mientras mantenemos una ilusión sobre nosotros mismos, abrigando una falsa imagen de nosotros y del mundo que nos rodea, creamos también una imagen falsa de Dios y de su Reino. La búsqueda en el desierto, en la experiencia monástica, tenía exactamente esta finalidad: huir del mundo y de sus pasiones para encontrarse con Dios. Esta fuga no es, como la de muchos hoy, cercana a un «escapismo» irresponsable, sino que es una búsqueda de santificación y comunión íntima con Dios, mediante la renuncia a las pasiones mundanas y el encuentro del corazón con Dios.

## **El lugar del desierto en la experiencia cristiana**

---

<sup>27</sup> San Agustín, *Confesiones*, Altaya, Barcelona, 1993, p. 260.

Para Segundo Galilea, el desierto significa, en la experiencia espiritual, por lo menos cuatro cosas. Primero, «una experiencia de lo absoluto de Dios y de lo relativo de todo lo demás, incluyendo a las personas y a nosotros mismos».<sup>28</sup> En el desierto nos encontramos solos delante de Dios. Allí no existe ninguna otra alternativa, aparte de Dios. Todas las otras cosas son relativizadas, colocadas en su debido lugar, y sólo Dios puede darle el sentido a esas cosas. Job, en medio de su crisis, se vio exactamente así. No había nada más que Dios. Todos sus valores, bienes, familia y teología fueron relativizados. Su única esperanza era que Dios mismo viniera a su encuentro revelando la gratuidad de su gracia. Desierto significa espera, silencio y encuentro que permita decir: «De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos» (Job 42:5). Por esto es necesario para todos los cristianos promover su experiencia personal de desierto, separar un momento o crear situaciones en las que sea posible relativizar aquello que fácilmente absolutizamos en nuestra vida. En otras palabras, poner en su debido lugar el trabajo, la familia, el dinero, el *status*, las diversiones, el ministerio, la iglesia y las experiencias espirituales. No permitir que ninguna de estas realidades de la vida ocupe el lugar soberano de Dios en nuestra alma.

Lamentablemente, no aprendemos a cultivar nuestro desierto de manera voluntaria. Somos invariablemente llevados a él en virtud de las crisis o los sufrimientos que se instalan en nuestro camino y que nos conducen, muchas veces, a una reacción de inconformismo y rebeldía, y no de aprendizaje y renuncia. Generalmente, un paciente en etapa terminal se levanta contra la injusticia de la situación en que se encuentra, o,

---

<sup>28</sup> Galilea, *op. cit.*, p. 48.

humildemente, reconoce la fragilidad de la existencia humana y aprende, aun en un proceso doloroso, a poner las cosas en su debido lugar.

En segundo término, «el desierto es el lugar de la autenticidad y de la verdad».<sup>29</sup> Al ser un sitio de soledad, es también el punto de encuentro con nosotros mismos, con nuestras mentiras e ilusiones. Nos vemos como Dios nos ve. Allí no tenemos para dónde correr ni adónde escondernos. La ambigüedad de nuestras motivaciones sale a flote, y todas aquellas ambiciones que nos conquistan día y noche — realización, poder, riqueza, profesión, prestigio y conocimiento— pierden su poder de engañarnos y desviarnos de la verdad. En el desierto se da nuestra conversión y santificación. «El desierto es el camino de la liberación interior, donde “Dios habla al corazón” y donde el espíritu del mundo, que nos fascina, puede enmudecer.»<sup>30</sup>

Uno de los textos que mejor define el propósito pedagógico del desierto se encuentra en Deuteronomio 8:2: «Recuerda que durante cuarenta años el Señor tu Dios te llevó por todo el camino del desierto, y te humilló y te puso a prueba para conocer lo que había en tu corazón y ver si cumplirías o no sus mandamientos». Para el pueblo hebreo, la finalidad de los cuarenta años en el desierto fue revelar los secretos del corazón y exponer sus mentiras e ilusiones. Aunque ya hablamos sobre este tema, vale la pena dejar en claro el siguiente principio: entre los grandes obstáculos para la espiritualidad cristiana están nuestras propias ilusiones.

---

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> *Ibid.*

En tercer lugar, «el desierto nos abre a la verdadera solidaridad y misericordia para con el hermano, nos enseña a amar verdaderamente».<sup>31</sup> Cuando somos confrontados con nosotros mismos, y cuando relativizamos todo, pasamos a experimentar una nueva relación con el prójimo. El desierto me proporciona una conciencia más real y verdadera de mí mismo, y eso me libera de juzgar y criticar a los demás y de sentirme superior a ellos. Por otro lado, puesto que el desierto relativiza todo, mi percepción del prójimo deja de estar determinada por lo que él tiene o hace y pasa a ser determinada por lo que él es. El pobre deja de ser un «problema», o aun un objeto de mi acción misionera y pastoral, y pasa a ser una persona con la cual me relaciono en amor y en afecto. El desierto tiene el poder de humillarnos, de hacernos reconocer quiénes somos realmente.

La competitividad y el individualismo son los mayores obstáculos que encontramos en el camino del amor y del vínculo personal. El desierto, en la experiencia monástica, tenía poder para rescatar las virtudes del amor y de la humildad, toda vez que allí no existían esos dos elementos tan nocivos para las relaciones personales. A partir del momento en que todo lo que tenemos es nosotros mismos, nuestro prójimo y Dios, sólo queda la alternativa del amor. El desierto elimina todo aquello que se coloca entre nosotros y nuestro prójimo.

En cuarto y último lugar, «el desierto es el lugar de la tentación y de la crisis, y de su superación».<sup>32</sup> Al igual que para Job, el desierto es el sitio del encuentro con Dios, pero también de encuentro con el demonio. Dios y el diablo estaban presentes en la crisis de Job. El desierto fue la oportunidad para que Job escogiera si seguiría con Dios, sólo por el deseo

---

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> *Ibid.*

de amarlo y servirlo, o se cerraría dentro de él mismo, dando al diablo el placer de la victoria. Ir al desierto es exponerse a la tentación, al igual que Jesús. Allí vamos a definir si cederemos a los caprichos y seducciones del diablo o rendiremos la más completa obediencia y sumisión al Padre:

Es por todo esto que el desierto nos prepara para superar no sólo los «desiertos» de la condición humana sino también las tentaciones y crisis a las cuales somos más vulnerables en el devenir de nuestra vida cotidiana. Pues la forma con que hayamos reconocido y rechazado la seducción del «demonio del desierto» nos da la actitud y fortaleza para reconocerlo y rechazarlo en el camino de nuestra vida.<sup>33</sup>

La verdadera guerra espiritual es aquella que se da en el desierto, en el silencio de nuestro cuarto, en el momento en que nos retiramos de las innumerables actividades diarias. Allí somos confrontados con nuestras ambiciones, con la insignificancia de nuestros caprichos. Cuando fue tentado en el desierto de Judea, Jesús rechazó los caprichos seductores que le presentó el diablo y se detuvo solamente en aquello que realmente daría sentido a su vida y a su misión. Resistió la seducción del poder y de la gloria con la humildad de la obediencia.

En el lenguaje bíblico, el desierto significa confrontación, lucha, tentación, despojo y entrega. Allí no sólo rescatamos los propósitos originales de la fe cristiana, que con el tiempo se deterioran y se corrompen, sino que también nos encontramos con Dios y con nosotros mismos. Cuando la iglesia se encuentra en una fase de prosperidad, es necesario tener

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 50.

cuidado. La historia ha mostrado muchas veces el tamaño de este riesgo. No podemos ni debemos impedir el crecimiento y la prosperidad del evangelio, pero esto nunca debe alcanzarse poniendo en peligro la naturaleza de la fe evangélica. Por esto es necesario, en tiempos como los que vivimos hoy, reencontrar el lugar y el significado del desierto, a fin de preservar la fe apostólica para las generaciones que nos seguirán.

El desierto espiritual es la experiencia del encuentro con Dios, donde todo lo que no es de Dios se deshace para que el alma humana contemple a Dios y lo adore. Así, el desierto se convierte en algo imprescindible para la sociedad moderna, como camino para expurgar todo aquello que confunde nuestra alma y nuestro corazón. «Nos has hecho para ti y nuestro corazón anda siempre desasosegado hasta que se aquiete y descanse en ti.»<sup>34</sup> Así San Agustín expresó su anhelo de Dios. Nuestra hambre es hambre de Dios, y nuestra búsqueda es búsqueda de Dios. Nuestra alma no se sentirá satisfecha con ninguna otra cosa que no sea Dios mismo. Por eso, el desierto es la opción para todos los que desean este encuentro con Dios. Es allí, sin las distracciones del mundo, que nuestra alma lo verá y se deleitará en él.

---

<sup>34</sup> San Agustín, *op. cit.*, p. 27.